

Orígenes del feminismo en el Ecuador

Antología

Ana María Goetschel, compiladora



SECRETARÍA DE
DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL

QUITO
Alcaldía Metropolitana



© De la presente edición:

Consejo Nacional de las Mujeres, CONAMU

Serie: Recuperación de la memoria histórica
de las mujeres. No.1

Pasaje Donoso N. 32-33 y Whimper

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 2561 472 / 2561 446

Fax: (593-2) 2901821 ext 101

www.conamu.gov.ec

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

**COMISIÓN DE GÉNERO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

**SECRETARIA DE DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

Palacio Municipal, 3er piso.

Quito - Ecuador

Teléfono: 2288163 / 2954416

sges-mdmq@quito.gov.ec

**Fondo de Desarrollo de
las Naciones Unidas para la Mujer**

UNIFEM - Región Andina

Av. Amazonas 2889 y La Granja

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 246-0332

Fax: (593-2) 246-0328

www.unifemandina.org

ISBN: 9978-67-115-3

Cuidado de la edición: María Pessina

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2006

1ª. edición: agosto, 2006

Índice

Presentación	11
Estudio introductorio	13
<i>Ana María Goetschel</i>	
EL RECLAMO DE LA VOZ	
Necrología	59
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Al Público	61
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Madame Roland	63
<i>Marietta de Veintemilla</i>	
EL FEMINISMO	
Nuestro ideal	73
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
La mujer	77
<i>Josefina Veintemilla</i>	
¿Feminismo?	81
<i>Adelaida Velasco Galdós</i>	
Honor al feminismo	85
<i>Victoria Vásquez Cuví</i>	
Cómo se juzga al feminismo verdadero	93
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	

Estado jurídico de la mujer casada, seducción a las solteras, sus consecuencias	97
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
La mujer en los diversos organismos humanos	103
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
Discurso en la velada del centro “Cultura y Renovación”	111
<i>María Angélica Idrobo</i>	
El problema feminista en el Ecuador	115
<i>María Esther Martínez Mactas</i>	
Comentarios feministas	121
<i>Alicia Jaramillo</i>	
Temas sobre feminismo	123
<i>Rosa Borja de Icaza</i>	

LAS MUJERES Y LA PAZ

Mensaje de paz	131
<i>María Guillermina García Ortiz</i>	
Mensaje de una dama peruana a las mujeres ecuatorianas	133
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
Paz en la Tierra	141
<i>Piedad Larrea Borja</i>	

LAS MUJERES Y LA POLÍTICA

Clarinadas	153
<i>Rosa Marga</i>	
Luchar para triunfar	155
<i>Angelina de la Barca</i>	
La mujer entró en la lucha	159
<i>Rosa Marga</i>	

La mujer y sus derechos	161
<i>Sor Marisa</i>	
¡15 de noviembre!	163
<i>Angelina de la Barca</i>	
Rebeldía	165
<i>Morayma Ofyr Carvajal</i>	
La mujer y su derecho a votar	167
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
El voto femenino y la suficiencia de los hombres	169
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y la política	171
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y el sufragio	173
<i>María Esther Martínez Macías</i>	
Se reunió ayer la Asamblea de Mujeres Ecuatorianas (AFE)	181
<i>Diario El Día</i>	
Mensaje a las madres ecuatorianas	185
<i>Nela Martínez</i>	
Entrevista Dolores Cacuango	189
Entrevista a Tránsito Amaguaña	201
 FEMINISMO CÍVICO	
Agosto Sagrado	221
<i>Rosaura Emelia Galarza</i>	
Al Ecuador	223
<i>Dolores Sucre</i>	
La mujer en la Independencia	225
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	

La Hija de la Patria	229
<i>Lucinda Pazos</i>	
Doña Manuela Cañizares	231
<i>Dioselina Lemos R.</i>	
Biografía de la mujer en el Ecuador	235
<i>Piedad Larrea Borja</i>	
Supervivencia del ideal bolivariano	263
<i>María Esther Cevallos de Andrade Coello</i>	
Elogio a Manuelita Sáenz	269
<i>Raquel Verdesoto de Romo Dávila</i>	

LAS MUJERES Y LA EDUCACIÓN

Consejo a una señorita	285
<i>Dolores Sucre</i>	
Anhelos	287
<i>Isabel Donoso de Espinel</i>	
Virtudes y vicios femeninos	291
<i>Lastenia Larriva de Llona</i>	
¡Fiat Lux!	293
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
El deber de la mujer	297
<i>Matilde Hidalgo</i>	
Educación de la mujer	299
<i>Rosa Andrade Coello</i>	
Actividades domésticas y sociales de la mujer	303
<i>Victoria Vásconez Cuvi</i>	
Cultura femenina	309
<i>Blanca Martínez de Tinajero</i>	

Educación de la mujer 311
Alicia Jaramillo

La mujer en el pasado y en el presente 313
Dora L. Mosquera

**Hacia una nueva educación secundaria
femenina en el Ecuador** 317
María Angélica Carrillo

LAS MUJERES Y EL TRABAJO

Aspiraciones 321
Zoila Ugarte de Landívar

Seamos una 327
Clara Aurora de Freire

Actividades domésticas y sociales de la mujer 329
Victoria Vásquez Cuvi

Discurso 337
Dina Rosalía Salazar J.

La mujer trabajadora en la vida social 343
Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez

Biografía de la mujer en el Ecuador¹

Piedad Larrea Borja

Leída en el “Ateneo Ecuatoriano”

En el momento caótico por el que atraviesa el mundo, la humanidad principia a buscar en sus laberintos introspectivos, la verdad de su esencia y la ruta que ha de llevarla a la cúspide ansiada a la que tan fatigosamente asciende. Este afán de conocimiento, esta búsqueda de las rutas interiores, son el imperativo humano del momento. Y hundan su inquietud inquiridora en las raíces mismas de cada tierra y de cada raza; para, comprendiéndolas, poder formar la base de las nacionalidades.

En esta tierra nuestra, alta de montañas y de pensamiento; en esta raza nuestra, nueva promesa de la fusión de dos razas, tiene un significado especial el adentramiento en su verdad psicológica. Y este deberá hacerse, y este deberá ir a buscar la complejidad de sus raíces a través del tiempo. En las enseñanzas de su pasado, en las vicisitudes —gloria y dolor— de su historia.

Y para que este sentimiento de nacionalidad pueda afirmarse en la realidad latente de la vida humana, ¿no serviría quizá el buscarla como en la entraña viva de esa realidad, en la historia —como ninguna dolorosa— de las mujeres de nuestra Patria? “Cherchez la femme”, amigos. Mas, no ya como la causa demoníaca de toda tragedia o la inspiradora romántica de las grandes gestas. Busquémosla como elemento humano, el más genuino y hondamente humano, raíz y base primordiales de nuestra nacionalidad; ya que, es la mujer sacerdotisa máxima de Nuestra Señora la Vida.

1 *Ensayos*, Editorial “Fray Jodoco Rieke”, Quito, 1946 pp.51-89.

La esencia más íntima de nuestra psicología —nervio de la raza— la encontraremos en vaso de arcilla india. Mas, en él se esconde tenazmente la vida femenina. En ninguna época de la historia el misterio veló tan celosamente las vidas de mujer, como en la historia del incario. Mejor que una evocación histórica será una adivinación —realizada por la tauturgia de la simpatía— la que nos diga de la vida de la mujer india en la América aún intocada. Tan calladamente, tan dulcemente se deslizan las sombras de mujer entre los esplendores, las guerras y vaivenes de los Shyris y los Incas, que se diría de ellas, que vivieron sus vidas con la suprema consigna del Maestro: con el corazón manso y humilde.

Sin embargo, algunos nombres de mujer se destacan del fondo brumoso que envuelve la vida femenina de toda una raza: entre ellos, y remontándonos en el tiempo, oiremos la armonía de un nombre sugerido: es el de Llira, la que nos llega con el prestigio de su belleza legendaria. Y con el prestigio dinástico de la fundación de nuestro Reino de Quito. Hundida en las lejanías del tiempo y del misterio, Llira pasa por la historia india más como una aparición mítica que como un recuerdo real; pone su belleza —concreción de un viejo sueño estético— junto a la bravura de Quitumbe, el esposo esperado a través de todas las lejanías y de todos los éxodos. Y de Guayanay —el hijo del nombre armonioso que, en su traducción de golondrina parece explicar el afán de alas que le sembrara la madre —de Guayanay, hijo de Quitumbe y de Llira, arranca la real prosapia del incario. En el nieto Manco Cápac, el primero de los incas, que lo mismo que su estirpe de Quito, se esfuma en la leyenda.

Cuando los contornos de la historia empiezan a precisarse, surge también de entre las antiguas tribus del reino de Quito una figura de mujer. Una figura desdibujada casi y que, más que una personalidad encarna un símbolo. Es Toa, la princesa cara, primera mujer gobernante por derecho propio en tierras indias. Y decía que Toa es un símbolo, porque su padre el Shyry Carán encarnó en ella la reforma con la que convulsionó la legislación de su imperio. Que entre sus ordenanzas mandaba la sucesión únicamente masculina en los monarcas Shyris. Y es en el matrimonio de Toa donde encontramos una fiel imagen de los europeos y civilizadísimos matrimonios de estado. Su unión con Duchicela, príncipe puruhá, consolidó la armonía en el vasto reino de los Shyris.

En el sucederse de esta exigua iconografía, nos encontramos por fin con Paccha, a la que querría considerar, no solamente como la representativa de su raza, si no también como la precursora del destino de ofrenda generosa, de oblación callada y suave de las mujeres del Ecuador. Ella, con su amor por Huayna Cápac, abre el camino de amor por los grandes, por el que anduvieran después; Manuela Sáenz, con su romance con el Genio de la Libertad; Mariana de Solanda, la que supo formar el suave y altísimo remanso hogareño para la inquietud de Sucre, quemada de ideales y de fatiga; Rosita Vinuesa que puso el encanto de su pasión, Como una flor del trópico, en la vida de San Martín, el Libertador austral.

El amor que los ojos enigmáticos y el alma ansiosa de suavidades de la princesa Paccha, despertaran en el conquistador Huayna Cápac, tuvo una influencia trascendental en la historia del incario y quizá también en los albores de la conquista. Porque entre el nutrido *ayllu* en el que, el Hijo del Sol sembró su divina estirpe en tierras conquistadas, se destaca la unión con la princesa shyry. Y se destaca, no ya con supremacías dinásticas o de abolengo, sino con supremacía cordial. El matrimonio de estado, con la princesa gobernante de un reino aún duro de someter, se prestigia de amor mutuo y firme. Y si en el Cuzco la Coya conserva la prosapia inca en monstruosa perpetuación, si en todo el vasto Tahuantisuyo, *pacllas* y *ñustas* dan el bronceado encanto de sus cuerpos para los serrallos del teócrata, la princesa quiteña es para Huayna Cápac, el amor en plenitud de alma. Porque sabe encontrar los caminos que, bajo la recia envoltura del guerrero y del conquistador, conducen al corazón del hombre. Y así, Paccha hunde en un grande y firme amor, los íntimos nexos con que el Inca debía arraigar para siempre en tierra Shyry.

Y es al conjuro de este amor, que brotan en Huayna Cápac sentimientos altísimos, alquitarados en delicadezas de enamorado. ¿Cuándo, rendidas galanterías de caballeros de leyenda encontraron más alta expresión que la que encontrara el Inca al dejar a Quito su propio corazón como ofrenda eterna; en gesto que tiene, con unción emotiva, helénicas elegancias? ¿En qué historia de los viejos tiempos encontraremos cortesía con más profundo sentido humano de comprensión que aque-

lla, habitual en Huayna Cápac, para acoger a las mujeres que le llevaban peticiones hasta el sitial soberano? Su fórmula, majestuosa y serena, vale lo que el mejor soneto en el canto de lo eterno femenino: “Hija, se hará lo que pides”, si era joven. “Señora, se hará lo que deseas”, si era casada. “Madre, se hará lo que mandas”, si era anciana.

El romance indio florece en la plenitud del hijo. Atahualpa, el que fuera predilecto del padre. El que, fundiendo excelencias ancestrales, heredara de la madre —como el más claro blasón— la altura de pensamiento y la severa majestad cantadas por las viejas crónicas. Y es Atahualpa —flor de la raza, sellado por trágicas predestinaciones —el que decide en el padre la división del gran Tahuantisuyo. Ante la firme intención del monarca, serán inútiles las maquinaciones cortesanas de la Coya cuzqueña. Ella defiende los derechos de Huáscar, el hijo de la estirpe. Y acá, en la vieja capital de los Shyris, florece el recuerdo de Paccha en Atahualpa, el hijo del amor. Entre ellos divide el viejo Salomón indio la potencia de su imperio y signa así su sentencia de muerte....

El fondo de la vida cotidiana en el incario, se diluye en un tono gris, que intensifica su bruma al buscar en ella huellas femeninas. Los sabios consejos de la antigüedad, en los que los amautas, los arávicos y los quipocamayos ponían su prestigio; el resonar de los caracoles marinos y de las melancólicas bocinas; los sagrados ritos de los augures, eran solo para el varón. Como en los tiempos bíblicos, la mujer debía hilar la lana, seguir, en éxodo de esclava, el camino de amor que se le trazaba y realizar su misión primordial y máxima: la maternidad.

Ella se santificaba y redimía por sí misma, en la altura del propio sentimiento, como se santificaba y redimía el amor en la decisión y lealtad eternas. Ese amor para el cual, ni la muerte entrañaba separación. Junto al esposo iban las preferidas, plenas de dicha, al tormento supremo de la agonía bajo la tierra de las tolas. Y cuando la civilización española envolvía a su víctima en la misericordia de un mortuorio ritual cristiano, ponen la más trágica nota elegiaca las esposas de Atahualpa con su desesperación infinita. Para ellas tenía insospechados tintes de negrura la tragedia en la que el mayor crimen de la conquista sumía a toda una raza. Con el dolor de perder el amado —ungido con divinos

prestigios— estaba la angustia de no poder seguirlo por los caminos de la muerte. Y ante los asombrados ojos españoles, la fidelidad india hace —como en el verso carreriano— un dogal de la propia cabellera. No estarían ya juntos los cuerpos en la misericordia final del sepulcro; pero el amor lanzaba al infinito las almas de tantas mujeres que entonces, como ahora y como siempre, llevaban al arcano el anhelo imposible de fijar el amor de un hombre con caracteres de eternidad.

Y así, en las mujeres indias, era el propio corazón el crisol en el que se fundía una dignidad que las leyes, las costumbres y la religión la habían negado. Su condición de esclava, el matrimonio obligatorio que los Incas impusieron en su legislación, la poligamia establecida como necesaria en las altas clases; negaban a la mujer de entonces aquello que, para nosotras mujeres de hoy, es tan necesario a la vida como lo es la sangre: el propio hogar. Sin embargo, el sentimiento de familia —amor y honra— arraigó en el alma femenina shyri e incásica, inmensamente generoso y alto porque fue espontáneo y porque fue anónimo

Como en todas las civilizaciones primitivas, en las civilizaciones indianas de esta América nuestra, la dignificación de la mujer empieza a arraigarse en los pueblos en la dignificación del que es su más alto atributo: la maternidad. Pueblos niños, no alejados aún de la gran madre universal, los pueblos americanos preespañoles, veneraban las fuerzas creadoras imanes en la Naturaleza. Entre los Incas este culto concreta en la veneración de toda una simbología materna. El amor a la tierra, el más hondo y grande amor indio, se encarna en la designación cordial: Mamma Paccha. Y la esperanza del trabajo coronado en la plena recompensa, forjó también para la promesa de la semilla fecunda un nombre materno: Sara Mamma. Así, simplísticamente, en el germen de la dorada mazorca, se rendía culto a las fuerzas germinales de la vida. Todo principio creador y fecundo se dignificaba en un sentido materno, y fué este sentimiento en la mujer india el nervio animador de la familia.

La religión, como todo el movimiento de la vida, llegaba en último plano, como en los postreros esfuerzos de una ola cansada, a los espíritus de mujer. Mas, eran vidas de mujer —en postrer sacrificio o en dedicación plena, ungida de castidades— la mejor ofrenda en el culto del Inti y de los más dioses del panteón mito indiano. En el ritual adora-

torio del Padre Sol, podía officiar solamente su hijo el Inca y los varones consagrados con preeminencias sacerdotales. Y en severos monasterios, calladamente, centenares de mujeres hacían al Pachacamac, la ofrenda total de sus vidas. La severa castidad de las Vírgenes del Sol, fieramente guarda da en sus *Intihuantanas* como una anticipación de la fiebre claustral con que el misticismo católico floreciera en nuestra Patria los remansos de silencio de sus innúmeros conventos.

Evocando el viejo ritual pagano de los Incas, podemos encontrar figuras de mujer, que, bajo el amparo del rebozo, esperan trementes de emoción y de frío, el nacimiento del Padre Sol. Es el solemnísimo anual ofertorio al Inti. Asisten las mujeres, ya que todo el pueblo debe rodear, en el día consagrado, al Taiticu que, haciendo un pedestal del Panecillo, deberá levantar un áureo vaso en el que la chicha será el preciado licor de la ofrenda.

En Liribamba, el pueblo Puruhá había soñado, para explicar su origen, un inaudito sueño de altura: veneraban como a un viejo abuelo al inmenso Chimborazo. Y año tras año el altar del gran dios blanco se empurpuraba con la cálida ofrenda de la sangre de una doncella.

Como en toda la vida india, será adentrándonos en la intimidad de silencio de sus religiones, y siempre bajo el concepto familiar y cordial, donde podremos encontrar a la mujer. Entre los esplendores del culto, son los dioses lares los que aceptan la unción de las sacerdotisas. Y de entre la teogonía terrible o brillante de ritual, la representación de la misericordia humana, concretaba en una divinidad femenina: Umiña, la diosa de la salud. Tallado en una gran esmeralda, el ídolo tenía siempre ante sí un río de dolor humano, que arrastraba sus lacerias ante la diosa. Y como afirmación de esperanzas, atribuíasele sentimientos maternos: para ella, el don más preciado, eran sus hijas las pequeñas esmeraldas.

Mientras en tierras del Tahuantisuyo, Huayna Cápac consumía en sus últimos años, con la propia vida, la del imperio que había formado, al otro lado del mar, los sueños de un genovés encendían la inquietud aventurera en el espíritu de una mujer hispánica. Y el arranque visionario de Isabel de Castilla abre, a través de lo desconocido, las rutas de España rumbo a la conquista. Genuina encarnación de su tiempo y de

su raza, la Reina Católica, tiene alma de epopeya y una ascua viva de inquietud quemándole perennemente el espíritu. Para Isabel, el descubrimiento de las Indias Occidentales, fué la realización de su sueño y la confirmación de su fé en Colombo, el gran viajero de las rutas ignotas. Pero fue sobre todo, como la súbita posesión de un gran erial para su siembra cristiana. Inauditas fantasías de mujer y apostólico espíritu de española, fueron el impulso que hinchó las velas latinas de la Santa María, La Pinta y La Niña. Mas para el mundo nuevo, venía en las quillas españolas, el germen de torturas inimaginables. Germen de dolor y de vergüenza que prendió con virulencia insospechada en carne de mujer. Y así, por rara y cruel paradoja, es el corazón inmenso y valeroso de una mujer, el que inicia para las mujeres de toda una raza, la más angustiada de todas las vías de la amargura.

La audacia marinera de Bartolomé Ruiz —surcador inicial del azul mar Pacífico— trajo hasta playas ecuatorianas el mensaje terrible y grandioso de la conquista. Iniciando, con la homérica gesta de España, la tragedia sangrienta de la América India. La raza de bronce vivió entonces el primer acto de un drama que aún no termina. Y la más profunda esencia de ese drama, estuvo formada por el dolor y la vergüenza de la mujer india. Fue ella la víctima propiciatoria para aquellos semi-dioses barbados, monstruosos y magníficos.

Entre el botín de los primeros conquistadores, áureo o plateado o con la irisación verde de las esmeraldas, eran las mujeres el más codiciado trofeo, Junto a los manes del Cid, alentaban los de Don Juan, en los hombres de la gesta conquistadora. Cuenta la historia como, en la primera expedición española por la jungla costeña, “el cacique salió al encuentro e hizo a Pizarro el presente de una gran esmeralda, muy preciosa por su tamaño, pidiéndole que dejara en libertad a diecisiete indias que habían cogido los españoles en otro pueblo. Y si la indómita fiereza de Rumiñahui libró a las quiteñas Vírgenes del Sol del ultraje terrible, en el terrible suplicio de sus cuerpos lanzados al abismo en plena vida, no pudo ya extender su caballeresca y cruel protección a las paellas que debió abandonar al invasor en una de sus sangrientas retiradas.

Cuando el legendario viaje al País de la Canela —aquel viaje que, más que humana realización parece desmedida creación mítica —cul-

minó en la deserción descubridora de Francisco de Orellana, flancos de mujer formaron como un helénico friso en este monumento inmortal de la historia. Aquí, surge importuna y tenaz una duda: la desnuda bravura de las Amazonas ¿pobló realmente las orillas del gran río o vivió su vida ilusoria en la calenturienta fantasía de su descubridor? Parece más bien que, cuando el barquito de Don Francisco se encontró flotando en la inmensa sorpresa azul del Marañón, fue la intensa emoción del hispano, la que pobló las riberas con las mitológicas reminiscencias teutonas de las walkirias.

Entre sus múltiples silencios, la historia calla también la primera presencia de mujer española en tierras del Reino Inca. En la enumeración de los primeros vecinos de la hispánica fundación de San Francisco de Quito, se encuentran solamente los nombres de los conquistadores. Mas, pronto, y en la sencillez de un episodio sin importancia, asoma la gallardía “de las reales damas castellanas”. Es en el dramático éxodo de Don Pedro de Alvarado. Nombres de mujer española se cuentan entre las víctimas de la manigua de nuestro trópico, o de la helada rebeldía de los Andes; en las crónicas de la inverosímil aventura del Adelantado de Guatemala. ¿Fueron ellas las primeras en traer su inquietud y sus nostalgias al reino de la riqueza legendaria? Que más da, si la infancia de la imposición española en nuestras tierras, se prestigia ya con el femenino abolengo espiritual que engendrara el místico arrebato de Teresa de Jesús, el altísimo númen de Carolina Coronado o la infinita piedad de Concepción Arenal.

Duros de vivirse, para vidas de mujer, fueron los tiempos de la Conquista. Y fue en su dramaticidad donde se gestó la personalidad psicológica femenina en nuestra Patria. Isócrono al mestizaje de carne y sangre, anticipándosele quizá en la vehemencia de su ciclo forjador de almas, se obra el mestizaje espiritual. Y, sea por la quieta actitud de expectación con que las existencias de mujer se mantenían a la orilla de la vida, sea por el atributo de ductilidad y percepción del alma femenina, fué en ella donde juntaron primero sus jugos espirituales las corrientes psíquicas de dos razas. El alma embrujada de la española, forjada en legendarias aventuras de caballería, en sueños morunos, en romance gitano, en rebeldías ibéricas, se hunde en la quieta mansedumbre de la

india. El sentido glorioso de la vida que enciende la alegría en la andaluza, se torna introspectivo cavilar al encontrarse con la profunda melancolía americana, forjada a golpes de torrente y en la inquietante contemplación de las cumbres. El corazón apasionado, imperioso reclamador de amores, aprende del corazón silencioso el sublime martirio de los amores eternos y solos. El fandango se aquieta en yaraví, las pupilas morunas, intensifican su negrura en la negra tristeza mitimae.... Y el alma universal de la mujer funde su eterna esencia de vida en el duplicado imperativo de las razas diversas. La española, adelantada con mucho a su hermana de América en la senda de la cultura, impone su altísimo sentido de dignidad humana en la vida familiar. Y el ignato, telúrico casi; sentido materno de la india, se enaltece de responsabilidades al fundirse en la trascendencia espiritual que dan a esta misión “las madres que son madres, tan aína como Dios las jace jembras”, según definiera a la castellana el decir baturro de Luis Chamizo.

Y como una rara, fraterna solidaridad con el dolor indio, también la mujer española planta su Viacrucis en tierras de América, en la época bravía de la Conquista. No solamente en el hondo y sutilísimo tormento espiritual con el que la nostalgia, el cruel espectáculo del dolor humano en los oprimidos, el peligro latente y la imposición tenaz de la grandiosa naturaleza andina y tropical, debían lacerar las almas de mujer. Sino también con el horror de las reivindicaciones indias que alguna vez afilaron sus venganzas en la negra dureza de la ley del Talión. Y las mujeres blancas y hermosas de los Viracocha, fueron también como un sacrificio expiatorio que buscara el honor indio, tan cruelmente ultrajado, en los levantamientos que acabaron las fundaciones españolas en los bosques orientales. La barbarie —exasperada por las inenarrables crueldades españolas— de los asaltantes, se ensañó inmisericorde en las mujeres blancas de Logroño y Sevilla del Oro. Con mefistofélico refinamiento de venganzas, se les perdonó la vida, para que las cautivas la terminaran entre el innumerable martirio, en la inmensa prisión de la selva ecuatorial.

Esencialmente rebelde y bravío, el indio de los bosques, reaccionó de manera insospechada contra la crudelísima imposición española y al horrible calvario de vergüenza de las víctimas blancas, se sumaron esce-

nas pavorosas. En Archidona, una mujer india, alcanza furias vindicatorias ante las cuales, aún la locura de la sacerdotisa druíá se detuvo espantada. La desesperación de Norma, retrocede ante el horror de sacrificar a los hijos del amor culpable. Y la furia india víctima implacable, junto al amante español a sus ocho hijos...

Es en este momento dramático de la Conquista, donde empieza a forjarse nuestra alma femenina. En fragua de dolores, que es la única, excelsa fundidora de las grandes realidades humanas.

Cimentada por fin, sobre mares de sangre y de crueldades, la dominación española, la vida india huye a prolongarse en el piadoso retiro de algún páramo —que en su augusta soledad sabe comprender al indio— o pliega su cerviz ante Castilla, en la esclavitud urbana o en el horror campesino de las encomiendas. La actividad española florece a la sombra de los grandes templos barrocos y entre el misterio colonial de las callejuelas.

Y las vidas de mujer dividen su única realidad humana, no ya solamente entre ñustas y yanaconas; damas y esclavas, sino también en la división de las razas. Españolas, mestizas, indias: tres índices diversos en el derecho a la vida plena y a la dignidad humana. Con la absoluta negación de estos para la raza vencida. Carne de esclavitud, sufrió todos sus estigmas infamantes, que culminaron aún en la inverosímil duda de que, en los cuerpos de bronce alentara un alma humana. Con la injusticia prolongada en la mestiza, en el inhumano concepto de las razas interiores. Esta nueva raza de América, dio en sus mujeres un elemento más de esclavitud para la Colonia. Y en las incipientes ciudades hispanas, paseaban sus figuras, esponjadas en la crinolina chola del follón, el rostro prieto enmarcado en la gracia de la macana; las mestizas portadoras de alguna embajada secreta de la Señora. O de la fragancia del rosero, que el día de Corpus llevaba el mensaje amistoso de su frescura a las patricias casas españolas. O la policroma alfombrita que defendería la elegancia del miriñaque, en el polvoriento estrado del templo... Dolidas, o simplemente apagadas se deslizan estas existencias de mujer sin dejar un rastro en la Colonia. ¿Y las españolas, peninsulares auténticas o prolongadoras de la estirpe castellana en la flamante Presidencia de Quito?... Ellas, tras las ventanas abarrotadas como ventanas de cár-

cel, bajo los pórticos blasonados y en los patios que, en su florecimiento de geranios, perpetuaban un recuerdo andaluz, ponían una trama más en la urdiembre de tedio, que ha envuelto en tantos tiempos las vidas de mujer. Altivas y soñadoras, la claridad de la mente y el fuego del corazón, debía consumirlas como a antorchas vivas, que fulguraran, inútilmente en las tinieblas. Mujer esencialmente hogareña, la española fabrica su fortaleza espiritual dentro de los cuatro muros de su casa. En las tardes reza el rosario, y la actividad casera, directora de un enjambre de esclavas —negras, indias, cholás—, llena sus días, matemáticamente iguales entre sí. Por lo demás, la honra familiar era defendida por su único guardián legal: el padre de familia. El velaba celosamente a la hija, cuidaba de enaltecer el rango de la casa y defendía a filo de espada el honor conyugal.

La historia femenina, en nuestros primeros tiempos coloniales, está marcada por episodios intrascendentes, demostrativos —en la elocuencia de lo mínimo— del ambiente que entonces rodeaba a la mujer. Un buen día, los excelentísimos Oidores de esta Real Audiencia entablaron reñida contienda polémica con las autoridades eclesiásticas, defendiendo los fueros de sus esposas. ¿Ofendidas quizá en sus derechos humanos? ¿En reclamo de dignidades desconocidas o de acatamiento a su valor moral? ... Se trataba de algo mucho más importante que todo eso para los fijodalgos de entonces: de la coparticipación de las señoras en el derecho que tenía el Cabildo para usar estrados en las solemnidades religiosas de la Iglesia Metropolitana. Fray García Sánchez, destacadísimo letrado español, el primero que encendiera la lucesito de una modesta escuela entre el obscurantismo inicial de la Colonia, debió expiar cruelmente la inaudita falta de que se hiciera reo ante el señorío del Oidor Ortega; porque sus cavilaciones de dómine lo absorbieron un día a tal punto, de distraerlo del sagrado ritual del saludo a la Oidora que, entre los atributos con que conquistara el amor del esposo, tenía el altísimo y raro de ser nieta de Cristóforo Colombo, el Almirante de Indias.

También algún drama calderoniano, salpica de sangre la monotonía del vivir en la nueva Real Audiencia de Quito. La trágica revelación, los celos, la estratagema del fingido viaje, el lance caballeresco y la estocada final, que lava con la sangre del traidor y de la infiel la honra del

marido; riada falta en los históricos casos del Fiscal Don Gaspar de Peralta, vilmente traicionado por el galán Ortanera que dejó su cuerpo traspasado en uno de los barrios del antiguo Quito. O en la tragedia en la cual, la locura celosa de un Otello riobambeño sacrificó, junto a los amantes culpables, a todos los habitantes de la casa a la que aplicara, por los cuatro puntos cardinales, la terrible depuración del fuego. ¿Extremos estos en los que culminara una ferviente defensa del honor femenino? Romántico y dulcemente halagüeño sería el poder absolver el crimen en la purificación del sentimiento inicial. Romántico fuera encontrar solamente la galante reminiscencia de un lance de la andante caballería. Mas, como hacerlo si olvidando ya la lacerante insistencia de lo que significaba para el respeto del caballero el femenino honor de la india o de la chola, vemos a los fieros defensores del propio honor, terciarse la española capa y hundirse en las tinieblas cómplices de un barrio olvidado por los faroles —del quiteñísimo Tejar, por ejemplo— a caza del honor de otros maridos que, abandonando a la esposa, quizá pasean también por otros barrios oscuros!

Nuestro *focklorismo* tradicionalista, está lleno de las galantes aventuras de los hispanos caballeros de capa y espada entre las floridas rejas coloniales y en la invitación de sus callejuelas en penumbra.

En este primer tiempo de la Colonia, parece que la mujer durmiera un gran sueño. Y sólo encontramos —como extrañado, como desorbitado— algún nombre femenino. El de María Pizarro, la criolla Mdme. Guyon que en sus apasionamientos de visionaria condujo a las hogueras del Santo Oficio de Lima, a Fray Alonso Gaseo y Martín de la Cruz, perdidos en los laberintos teológicos de su demencia iluminada.

El de Dña. Magdalena de Anaya y Guzmán, que encarnó, en el ambiente virreinal americano, el tipo de la intrigante cortesana. Ambición y astucia: dos palabras que pueden definir completamente a la Oidora que, infamando su condición de mujer, hunde la daga de su decidida influencia en el marido para envenenar de crueldades a la Audiencia, que debía juzgar a Miguel de Venalcázar y a Alonso de Herrera inculpados de revolucionarios, en la injusticia de una falsa denuncia. La sangrienta culminación de este proceso, intensifica en tragedia la mezquina figura de la esposa del presidente de la Real

Audiencia; que aun en su viudez continúa manejando la política local. Y es entre la constante intriga de sus salones, donde se teje gran parte de la revolución de las Alcabalas.

Junto al de Dña. Magdalena se perpetúa —en la relativa perpetuidad del dato histórico— también algún otro recuerdo de mujer: el de Dña. Leonor de Garavito, y quizá de otras más; que destacaron sus vidas con las intrascendentes preeminencias de estirpe, de política, de intriga. Nada de intrínseco valor entre los efectivos valores humanos.

Mas, es entre este gran silencio del medio siglo XVI, donde brota y se afirma uno de los rasgos fundamentales en la personalidad femenina ecuatoriana: el misticismo. El sueño de olvidos perpetuos, la placidez vegetativa, no pudieron ahogar la vital inquietud que Indoamérica había sembrado en las almas en ignición de sus hijas. Entre los días signados por el lúgubre toque de alguna campana que anunciaba a la ciudad el entredicho, las luminarias prendidas saludando el nacimiento de un príncipe español o las acres hostilidades entre clero y cabildo, se siente un revuelo de almas femeninas en busca de Dios. El imperativo de superación y la sed de eternidad que son atributos esenciales en espíritu de mujer, impulsaron con vehemencia inusitada, a la mujer recién nacida en el Nuevo Mundo, en su búsqueda de rutas espirituales. Y en la gleba fecunda de las inquietudes, esponjaba el germen de misticismo que nos trajera España. Varió al infinito la excelencia de los frutos; pero la simiente fue desde entonces, alma de nuestra alma de mujer. Nervio vital en nuestra psicología. Fortaleza en nuestros caminos de dolor.

El misticismo, como toda la española herencia espiritual, cambia su matiz al arraigar en América. La nueva e hinchada gloria de Las Cruzadas —que inspirara la unión inverosímil de las dos palabras: guerra santa— la evangelización como medio de conquista, la vida obligada constantemente al peligro y a la heroicidad, habían convertido el misticismo español en un sentimiento glorioso de acción y de lucha. Al prender en un clima de tragedia, con la influencia india de la pavora supersticiosa de las religiones primitivas, se torna en América sombrío e introspectivo; hay entonces lo que, en terminología moderna, llamaríamos un intercambio espiritual con la Madre Patria. De ella llegó el impulso a la tierra nueva y a ella retorna la tierra nueva, el misticismo

purificado en misericordias, que alguna vez extendiera sus manos sobre las espaldas martirizadas de los indios. O le vuelve también, cuajado en fruto de santidades, como lo hiciera con la quiteña Teresa de Cepeda, prolongadora del nombre y de la estirpe de su tía la Doctora que llevó las primicias del misticismo quiteño al Carmen español. Y que fué un nexo más entre los múltiples que unieron el nuevo espíritu de estas tierras con el espíritu inmenso de Teresa de Avila. Ese espíritu que, no cabiendo ya en tierras de España, se tendió sobre el océano para llevar su esencia hacia otras costas y otros mares; hasta encontrar, en la altura de nuestras montañas, remanso propicio para la inquietud de sus alas. Entre los múltiples prodigios que ungen con lo sobrenatural la vida de la Santa Carmelita, cuéntase aquel, en que le fuera dada la presencia espiritual en Quito, tan viva y humana, que le permitió la silenciosa contemplación de un momento hogareño del hermano que aquí había plantado su tienda.

Estas romerías iluminadas de un alma que concretara en sí la más alta expresión del misticismo femenino, fueron como una anunciación de excelencias, que encarnaron en tres grandes figuras de la Colonia. Tres mujeres que florecieron en América prestigiando tres capitales: Méjico, Quito, Lima. En la capital azteca el misticismo culmina en una santidad más bien de arte que de religión: y surge el verbo de Sor Juana Inés de la Cruz. En Lima, el deliquio apasionado enciende la vida de Santa Rosa. Y en Quito, seráficas humildades nimban la figura ascética de Mariana de Jesús.

También la siembra de alma de Santa Teresa, así bilocada en frutos diversos, cambia radicalmente su modalidad espiritual en Mariana de Jesús. El mismo impulso anímico que aún en el deliquio de lo ultra terreno, en el hambre de muerte de la Santa española, la hace reconocer a la vida como generada por el gozo —"Porque el placer de morir, no me vuelva a dar la vida"— concreta en dolorosa, suprema renunciación en la Santa quiteña. Ella encarna los rasgos más nobles del alma femenina del Ecuador y los enaltece hasta la más alta perfección.

La vida de Mariana es una vida introspectiva, quemada en la oblación perpetua. Su renunciación, no la lleva al ascetismo ermitaño o claustral; ella quiere ser como una lámpara votiva en el altar de la huma-

nidad. Su retiro es un retiro hogareño. Unge de santidades el calor familiar. Hace por su querida Quito el supremo ofertorio de su vida, y en este amor perpetuado, es la representativa de la quiteñidad. El Arco de la Reina la recuerda con la nostalgia de un marco vacío, desde hace tres siglos, de la imagen querida.

Mariana de Jesús siente muy honda y muy alta, la misericordia para el dolor humano.

El cristiano mandamiento de amor se funde y se alquitara en los atributos de una feminidad perfecta. Y florece en la piedad por el indio. En la altísima maternalidad del espíritu, que quiere hacer su vida en los niños, a los que sólo les han dado una vida de carne. En el buscar la comprensión espiritual, que eleva al plano místico la férvida admiración del Hermano Hernando de la Cruz. Ella comprende, con intuición de mujer más que con teológicas explicaciones, el sentido del dolor. Y como —inaudita predestinación quizá— no lo encontrara en su vida, lo busca en la penitencia. La cruz y el cilicio reemplazan al dolor de la muerte, a la angustia del corazón quemado en humanos amores, al tormento de las rebeldías calladas, que son cruz y silicio en toda vida de mujer. Y que dejaron a Mariana, con su total ausencia, la libertad del arrebató ascético, que sabe que sólo el camino del Gólgota lleva a la liberación.

Mujer del Ecuador, Mariana de Jesús debe comprender todos los dolores que, desde su iglesia de la Compañía, emprenden su ascensión de plegaria de los labios de mil mujeres. Dardos escendidos, deben clavarse en el corazón de la Virgen quiteña como una constelación de recuerdos de lo que son los dolores humanos.

Mariana no es el producto del ambiente de su tiempo. Es la más alta expresión del anhelo místico; pero su figura luminosa se destaca sola, sobre un fondo caótico o de capricho goyesco. Que en América, como en España, el Medioevo había transformado el sentimiento místico en un elegante y complicado ritual litúrgico. Y la inquietud del alma buscadora de Dios, se atrofia en una fiebre conventual. Esta característica del misticismo nuestro dio el sabor típico, espiritual y físico en la arquitectura, que sugiriera la expresión turística que define a Quito como a “un gran convento”.

Los frailes conservaban en sus claustros, junto -al saber y a las riquezas acumuladas, la decisiva influencia en los manejos de la vida pública y en la conciencia del pueblo. Y las mujeres dirigieron hacia la vida del monasterio, poblada de lujosa aristocracia, hirviente de turbulentas intrigas, sus vidas que, asfixiadas en la rutina, en el tedio, en la elefante nulidad, iban resolviendo ya por el “no ser” el dilema shakespeariano. En 1577, con la fundación del primer convento de monjas en San Francisco de Quito, comienza una época, no solamente de degeneración del sentimiento místico, sino también de negación de todo principio de conciencia femenina y de dignidad humana, en el gran porcentaje que, dentro de la población de mujeres de entonces, representaba el elemento monjil. Es la Supremacía del hábito y de la toca. De las miradas furtivas de la novicia y de las manos regordetas de la madre abadesa. La historia de los conventos en la Colonia, entraña la historia del país, y está lacerada de tanta indignidad y tanta vergüenza que el solo relato escueto de su verdad, bastó para echar sombras de injusto apasionamiento y aún de herejía, sobre la obra del hombre de mentalidad más limpia y alta que haya tenido nuestra Patria.

Entre el infestado ambiente monjil, corren también brisas de renovación; rebeliones, protestas, movimientos que dan fe de vida del sentido del honor y de la conciencia moral femenina. Todos ahogados en el infamante ridículo o en el dolor de la impotencia.

Sólo dos voces diáfnas, dicen la buena nueva de la regeneración. Sólo dos vidas altísimas redimen en virtudes preclaras la desmoralización general. Sor Juana de Jesús, la franciscana humilde que, marcada por la obscuridad de su origen, no aspira siquiera a preeminencias de monjío. Es la lega, en quien parece haber encarnado el espíritu del Poveretto de Asís. Con firmeza diamantina, con invencible humildad, con calor apostólico, emprende la reforma de las clarisas. Dolores y pruebas innúmeras tendrá que sufrir esta doncella de Quito y como la otra Juana, también es denunciada ante el Santo Oficio de la Inquisición. Pero brilla la pureza inicial en la intención reformadora y la obra va adelante. En ella trabaja decidida también la Madre Gertrudis de San Idelfonso, que en el larguísimo nombre religioso esconde el propio: Gertrudis Havalos. La de las inquietudes perpetúas. En busca de su

verdad en la vida, deja el convento, ensaya como resolución de inquietudes la confesión íntima en el verso. Busca afanosa y valiente su ruta y desesperanzada de encontrarla fuera, vuelve al convento. Afirmada en la lucha, conciente de sí misma, emprende con Sor Juana de Jesús el camino de la reforma en el monasterio de Clarisas. Por ellas, fue el primero en la depuración.

Afianzado ya, en raigambre genuina, el coloniaje empieza por fin a hacer vida de espíritu —en arte, en cultura— con características de propia expresión. Europa imperará con su influencia decisiva; pero Indoamérica dará sus jugos vitales para formar la nueva raza en el pensamiento, como antes los diera para el mestizaje. Se siente un movimiento hacia la cultura en la segunda mitad de la Colonia. Humanistas, escritores, pintores, imagineros, operarios artistas del oro, de la madera, de la piedra. Un enjambre que empieza a crear y que se perpetúa en obras inmortales. Un movimiento hacia arriba que, como de mala gana, eleva sin embargo a la mujer. En los vastos salones, relucientes de llamitas entre el cristal de las grandes lámparas, mullidos en el lujo de la alfombra, ornados con el primor del bargueño, se abren paréntesis de tertulias para las noches de tedio. Y entre el goloso paladear del chocolate, o del dulce de higos que regalaran las monjitas, también las señoras siguen, entre el comentario masculino, el movimiento de la vida. Y en esta época, encontramos ya nombres de mujer en el pensamiento, en el arte.

Aquí, Dña. Jerónima de Velasco dice la primicia de sus rimas que, llevando hasta España el mensaje del recién nacido pensamiento femenino, sugirieran el comentario de Lope de Vega. En la rica exuberancia de una octava, él maestro español rinde su galantería ante la “Safo quiteña” como él mismo la define en expresión admirativa.

Cercanas en el tiempo y en la stirpe intelectual pasan también: Isabel de Santiago, heredera del sentido de la forma y del color que realizó el milagro de los lienzos de Miguel de Santiago, el padre. Íntimamente ligada al arte de Murillo por lazos de herencia y de temperamento, se liga también con lazos de amor. En el matrimonio con Gorívar, el taumaturgo, animador de los profetas.

Y la riobambeña Magdalena Dávalos, la del genio múltiple y el cul-tísimo talento. Viajera en todas las rutas del arte, atraca definitivamente

te en la música. La siente, la busca en todas las expresiones de los instrumentos hasta entonces conocidos. Inútiles para ella, la sabia guía del maestro o las eternas veladas de estudiosa. Ante su imperativo genial, le rendirán sus secretos de emoción y de armonía, la egipcia reminiscencia del arpa, el romántico clavicordio, el son español de la guitarra, la ensoñación del violín y la dolorida canción de la flauta.

En la patricia Riobamba y vinculada a ella en la raigambre materna, florece también Madame Godín. La españolización del apellido paterno —tornado en Casamayor, del francés Grandmaison— no fué decisiva en el nombre con el que, esta mujer del Ecuador, debía perpetuar en la historia su recuerdo legendario. Origen familiar, nacimiento, costumbres, tradición, hacen de Isabel Casamayor una mujer de las nuestras; pero en su vida, el destino decide por lo francés. El destino, y quizá también la herencia paterna en la tendencia espiritual y en la refinada educación.

En la Misión Geodésica, que desde Francia vino al país extendido en dos hemisferios, llega Ms. Godín y, concretada en él, la predestinación al éxodo y al destino heroico de Isabel. Entre los dos se hace pronto el amor y tras el noviazgo tranquilo y convencional, el matrimonio. Un hogar más, tibio, ungido de cariños y lealtades, un hogar más en el que es un buen día la ausencia del marido. Un viaje que lo alejará temporalmente de la esposa y que lleva la sabiduría viajera del francés hasta Cayena. Días que se eternizan en la espera, vacío, cartas que no llegan, y por fin la noticia de una expedición enviada por Godín y que debía llevar hasta su lado a Isabel. Ella comienza el viaje por las selvas orientales, y comienza así la epopeya más grande del valor femenino. Los pantanos, las selvas, los torrentes del Oriente vieron durante largos años vagar la figura trashumante de esta mujer, sola entre sus vericuetos pavorosos. El amor, el anhelo, afirmados en la decisión tenaz, alientan la voluntad sobrehumana de Madame Godín. Abandonados por los guías entre el verde laberinto tropical, cayeron los hermanos, compañeros iniciales en el éxodo. Diez días acompaña Isabel los fraternos cuerpos exánimes. Y semidesnuda, enloquecida, blanqueándole el pavor en los cabellos, continúa siempre su marcha sin ruta; con heroicidad que Esparta habría esculpido en mármol para ejemplo perpetuo en el estoicismo de sus madres.

El Bobonaza, encontrado al acaso en su desesperado vagabundear, le abre por fin la ruta libertadora; y en una piragua de indios, tras la aventura prolongada en la navegación larguísima y peligrosa, llega hasta el barquito enviado por Godín y que espera todavía en el Amazonas. Aún el viaje hasta Cayena y ahí el encuentro, después de veinte años de ausencia.

El reposo de los días parisinos en los que los Godín terminan la aventura inverosímil de sus vidas, no llega a borrar el espanto y la llama de persistente angustia que en los ojos de Isabel ponen un resplandor constante de locura. Leyendas, crónicas, novelescos episodios y aun una fantástica aventura de Julio Verne, se inspiran en la odisea de M^{de}. Godín Des Odonnais.

Cuando las ideas libertarias que iluminaban el mundo en el siglo XVIII, abrieron el camino de la Real Audiencia de Quito al avance redentor de Bolívar, la actividad femenina se mostró decidida y ardiente por la causa de la libertad. El glorioso grupo de los iluministas criollos que en Quito dijeron su mensaje precursor de independencia, estuvo animado de un espíritu unánime que se compenetró y cobró ardores nuevos en el espíritu firme de una mujer. El diez de Agosto de 1809, fulgura su altísimo ejemplo para el mundo, al conjuro de la voluntad diamantina de Manuela Cañizares. Los rasgos helénicos de esta mujer de Quito, parecen burilados para la perpetuación de la medalla. En materia y en espíritu. En el perfil aquilino y en la energía del ánimo.

El martirologio de la gesta libertaria ecuatoriana está lleno de nombres de mujer. En calvarios, que muchas veces culminaron en el horror cruento de las crucifixiones. El otro Agosto, el de 1810, vio enrojecerse las quiteñas piedras callejeras, en la vergüenza y en la sangre de la masacre, en la que cayeron innúmeras mujeres entre las víctimas de Ruiz de Castilla. En tanto, en las prisiones, el doloroso espanto de esposas, hijas y hermanas, ensombrecía la negrura del asesinato a los próceres. En el Real de Lima, la escena cobra contornos pavorosos, en la desesperada defensa que, junto al viejo padre, intentan inútilmente las hijas del patriota Quiroga, que cae también bajo la furia de las bayonetas fraticidas de Arredondo. Que la pluma inigualada de Manuel J. Calle nos diga de esta escena: “¡Viva la religión! exclama Quiroga en el

momento mismo en que Jaramillo la descarga el primer sablazo. Sus hijas le rodean con sus brazos, extienden sobre él sus cabelleras, se vuelven como cachorros enfurecidos contra los asesinos.... Más allá una negrita esclava que llevaran a la visita infausta, yace inmóvil y desangrándose: también la habían matado”.

Rosa Zarate de Peña, cae también en Tumaco, unida al esposo en la muerte por la libertad.

La persecución de que fueron víctimas el Marqués de Selva Alegre y su hijo el Comisionado Regio, extiende también su odio hasta apresar a Rosa Montúfar, hija del Marqués Presidente de la Junta Soberana de Agosto.

Las luchas todas por la Independencia tuvieron un respaldo de denuedo femenino; en el familiar sostén moral, en la colaboración conspiradora, aún en la ayuda efectiva en la batalla. La del Pichincha, fue seguida por la ansiosa expectación de las mujeres de Quito, en el improvisado mirador de un techado, un balcón o una elevada terraza.

En Guayaquil, cobra medidas de pasión tropical el entusiasmo político de sus mujeres. Los colores simbólicos del partido que había ganado preeminencia de simpatías, constituían el mejor encanto entre las elegancias de la moda femenina. Las crónicas del argentino Espejo, cuentan como, en un recinto familiar guayaquileño se había alzado un altar, en el cual descansaba, entre el rico brocado y la policromía del mantón, una espada que debía llevar su mensaje de gratitud al hombre que diera libertad a la Patria. Y en el triunfal desfile de Bolívar por las calles porteñas, elegantes grupos de mujeres le dirán—en el color de la insignia y en el gesto decidido—de la adhesión ardiente a su ideal grancolombiano o del autonomismo recio, acendrado en intransigencias.

Y como concreción suprema de la cooperación femenina en los tiempos heroicos de nuestra independencia, dos mujeres del Ecuador, harán la ofrenda de sus vidas a los dos Libertadores venezolanos. Ofrenda que, en Manuelita Sáenz redime la pasión culpable en la perpetua oblación y en la abnegada y total consagración, que culmina en la firmeza salvadora de la vida del Libertador, en la noche negra de la traición septembrina.

Ofrenda de altísimas decisiones en Mariana Carcelén y Larrea, que, después de otra noche de traición —culminada esta vez en la tragedia de Berruecos— dedica su vida, que no tuvo, como la de Manuela Sáenz la predestinación salvadora en la vida del amado, a la custodia de los despojos mortales del esposo, arrancado por el plomo asesino al amor de su hogar y a la libertad de América.

Las ideas democráticas, sembradas en la Independencia, tuvieron una trascendencia inesperada en el devenir de la vida femenina. Prejuicios, aristocráticas ranciedades, caen ante el impulso arrollador de las masas combatientes por la libertad. El cholo, el mestizo, el zambo, el indio, pusieron la pujanza de sus brazos al servicio de los Libertadores. La gloria, que hasta entonces sólo se había acogido a la sombra de los blasones nobiliarios o de viejos pergaminos, tomaba un sesgo heroico. El ambiente, de espada, de lanza, de cuartel, vestía al heroísmo con uniforme militar; pero, de todas maneras, los muros infranqueables de la división de castas, se llenaban de brechas.

Juan José Flores, trae la gloria de sus campañas vencedoras al servicio de Bolívar, como único prestigio heráldico en su estirpe llanera. Y en su matrimonio con la Condesa de Casa Jijón, exponente de la más alta nobleza española, encuentra el pretexto constitucional que habrá de darle derecho a la presidencia en la naciente República Ecuatoriana.

Las leyes, animadas ya con un nuevo concepto de la vida, empiezan a considerar a la mujer como parte del elemento pensante. Avances tímidos; pero avances al fin en el camino de los derechos de la humanidad.

Rocafuerte abre el camino del conocimiento para las mujeres del Ecuador, en la institución fiscal de escuelas femeninas. Urbina enaltece especialmente dignidades de mujer, al curar a nuestra Patria del estigma de la esclavitud.

Y en tanto, entre las turbulencias incendiadas de pasiones partidarias de la iniciación republicana, como en el cercano tiempo de la Independencia, la mujer continúa militando en la lucha política. La vida, en constante trance de peligro, en la conspiración o en la defensa de poderes; la persecución despiadada, el ardor intransigente de los ideales en pugna, amenazando la quieta organización familiar, llevaron a

las mujeres también al apasionamiento denodado por la idea, el partido. ... o el hombre que lo representaba.

Producto de este tiempo —y extraña en el panorama integral de nuestra psicología— encontramos una mujer que, caso inusitado entre las mujeres nuestras, requiere el rasgo enérgico y la expresión viril para definirla. Es Marietta de Veintemilla. Ágil, contradictoria, apasionante, la personalidad de esta mujer exige el juicio dispar y múltiple. Rica en atributos de belleza y de cultura, la inquietud de la inteligencia clarísima y una desmedida ambición de gloria, llévanla a una febril actividad política que culmina en la acción belicista. Sostiene apasionadamente el poder de su tío el Dictador Veintemilla y en el momento en que este poder vacila ante la arremetida restauradora, Marietta es el alma de la resistencia capitalina, debilitada por la ausencia del General gobernante.

El quiteño reposo de la plaza de la Independencia y del pretil de la Catedral y de la calle de la Compañía, se conmoverían ante el espectáculo insólito de una mujer que, dando al viento el ala negrísima de sus cabellos, decía imperativas voces de mando a sus soldados. La mano, habituada en el libro a la caricia de la página, sabía también para el acorde, había descendido a la refulgencia asesina de la espada. “Es más valiente que nosotros la Generalita” dicese que exclamaban los soldados. Y este valor indomable, vencedor entre las ráfagas de la fusilería, la llevará, serena, en trance de estoicismo, hasta la derrota y la prisión.

En el destierro, Marietta escribe la acusación audaz de sus “Páginas del Ecuador”. La prosa fluida, montalvina, está también plagada por la acre mordacidad de la palabra condenatoria. Liberal, más en el sentido combativo de partidarismo que en la convicción ideológica, Marietta fustiga implacable a sus enemigos políticos. Diatribas, biliosas acusaciones, panfletos, encallan en el firme desdén por la crítica, que caracteriza a esta mujer de reciedumbre viril. “Ni persigo el aplauso, ni me intimida el insulto” declara valientemente, en el prólogo de su libro quemante.

El largo destierro bruñe aristas en el carácter indómito de Marietta. El vuelo de la inteligencia busca el espacio y sus alas se tienden hacia el infinito de la psicología. En su retiro limeño estudia a los filósofos de la antigüedad y las modernas doctrinas de los psicólogos. Y catorce años

después de la violencia acusadora de sus comentarios políticos, en el retorno a la Patria, ofrece el fruto maduro de su talento vastísimo, sazonado en la profundidad del conocimiento y en la finura del análisis. Su “Conferencia Psicológica” deslumbra —con lo nuevo y atrevido del concepto— como la llamarada postrera del espíritu de esta mujer extraordinaria. La muerte la halla sola y anciana. Y su figura apasionante, no ha encontrado aún el juicio sereno que la sitúe en su puesto real entre los valores humanos.

Exigencias de precisión cronológica me obligan a situar entre este ambiente caldeado a Dolores Veintemilla de Galindo, la precursora del romanticismo. Su figura evanescente y la trágica culminación de su vida dolorosa, reclamarían más bien la melancolía de una vieja balada nórdica. Dolores vive su nombre en la vida. Su alma busca ansiosa el grito lírico para la liberación del tormento interior. Su existencia es la realización de la tragedia sentimental del verso de Raquel Sáenz:

“Hombre, yo soy un corazón.
y tu nunca supiste que fuera un corazón”.

Como en tantas otras vidas, en la de Dolores Veintemilla, “él nunca supo que fuera un corazón” Y la esencia exquisita de la mujer-poeta, no pudo soportar el tormento prolongado de esta ignorancia. Su último canto —qué fue, el leif motiv de tantas enamoradas— redime en la sinceridad de la expresión emocional, el dudoso gusto literario:

“Y si olvidar no alcanzas al ingrato,
te arrancaré del pecho, corazón”.

Y el veneno arranca el latido en la desesperación postrera. Desgarrante, en su trágica simplicidad, la carta que le despedirá de la madre termina en el dolor de estas palabras: “Déle mi adiós al desgraciado Galindo y bendígame, que la bendición de una madre, llega a la eternidad”... Para esta ansia desesperada de reposo, para esta vida que se extingue entre el dolor supremo que llega a la búsqueda de la muerte en el veneno, no hubo siquiera la final acogida de la tumba. La maldición que fulmina al

que arranca la propia vida, le negó sepultura cristiana. Y para la inmensidad de este dolor suicida, hace falta la humana y profunda misericordia de Gabriela Mistral, en “El Ruego” o en las “Interrogaciones”.

Afirmadas las bases primordiales de una estructuración nacional, la mujer se retira de pronto como en un gran cansancio, no solamente de la actividad militante en la vida, sino de toda cooperación en ella. Es el silencio absoluto, es el recogimiento hogareño, que para el recuerdo — brumoso todavía para las juventudes— estará poblado de sombras abuelas. Es la época de las grandes abnegaciones calladas; de la vida quieta, de las tragedias anónimas, de las grandes virtudes silenciosas. Es la época del heroísmo ignoto en las mujeres del Ecuador. Él tiempo se consume en la integral ofrendación al vivir familiar. El amor, si no llega en él impuesto pretendiente matrimonial, será únicamente íntima desazón desconocida o la torturante nostalgia de lo que nunca fué. La religión llena y anima la vida; en el rezo, en la misa de las mañanitas frías, en el Sermón del crepúsculo, en las novenas, en él deslizarse incesante de los dedos sobre las cuentas del rosario.... El aguijón del pensamiento, las rebeldías, el dolor de los anhelos en soledad, ahogan su esencia de inquietud perenne, en la actividad monorrítmica del crochet, de la aguja, del bolillo. Y de entonces ahora, en el encaje, en el matiz del bordado, en la urdiembre del tricot, se han enredado las ilusiones, los sueños, los desencantos, las esperanzas, de tantos dramas silenciosos, de tantas dichas en potencia, que ayer y hoy siempre, ha escondido el misterio en tantas ignoradas vidas de mujer.

En este paraíso de las virtudes domésticas, de la abnegación y las renunciaciones supremas, la vida intelectual ha sido proscrita. Hay como un temor enfermizo de que el aire libre de la vida marchite aquellas flores cuidadas en invernadero. Aún los conocimientos iniciales de leer y escribir, estaban marcados entre los innúmeros peligros para el recato femenino. En la novela —oh la terrible novela— de amores o de aventuras, podía venir el germen de inquietudes peligrosas. Y la letra podía dar su complicidad para entendimientos extra familiares o en amores que hubieran tenido la osadía de brotar por sí solos.

Y así, difícil será encontrar la obra que diga de femeninas excelencias en este profundo sueño mental. Pocos nombres que emerjan en una

actividad artística e intelectual. Entre ellos, quizá el de Dolores Sucre, en la formación detallada, pulida, de su prosa o sus estrofas. O la inspiración serena, familiar, casi diría que de musa doméstica y hacendosa de Dña. Mercedes González de Moscoso.

El oleaje romántico, que como todo movimiento europeo llegó retrazado a nuestras playas, trajo, entre su bagaje de teatrales posturas dramáticas y de auténticas delicadezas, el principio resurgidor para la mente femenina. Hay un renacimiento, un nuevo despertar de las mujeres a la vida del espíritu. El romanticismo encuentra el más propicio de los climas, en el alma hecha de misticismo, ensueño y melancolías de la mujer del Ecuador. Satura su sangre con el dulce veneno de la tristeza incurable. Enferma de nostalgia y de languideces la gloria encendida de las vidas en flor. Pero, entre el desmayo, las miradas arcanas y la fatiga eterna, las pálidas románticas buscan el espíritu. El arte las llama con la promesa de sus caminos tendidos. Hacen un culto de la santa poesía, y en su ritual —sin preponérsele siquiera— encuentran la síntesis suprema de corazón y mente, de cerebro y emoción, que es la clave guardadora de la perfección humana.

Los poetas escriben con pluma perpetuamente mojada en lágrimas, mas aún entre lo de falso que puede tener esta actitud extrema, las mujeres aprenden lo que querría llamar la estética del dolor. Conocimiento medular en el dolor que entraña toda vida, en el dolor que se intensifica en vidas de mujer.

La heroína de la novela, la musa inspiradora de la canción y del soneto, constituyeron el tipo ideal de femeninas perfecciones. A realizar este tipo en cada una, dedicó la mujer sus afanes. Y si la falsificación de actitudes afectó la sinceridad o torció muchas veces la auténtica dirección interior, el ideal de perfecciones prendió en cambio el imperativo de la constante superación. La modalidad romántica que, en la masculina galantería extremada de dulzuras, hacía una diosa de cada mujer, aun sacándola de su verdadero y real valor humano y envolviéndola en el vaho empalagoso de los incensarios, redime a la vida femenina del olvido y postergación en los que yacía. Y enaltece sus valores en el concepto varonil.

Las tertulias han vuelto y la frase ingeniosa, la galana expresión, el madrigal rendido, son su mejor encanto. Se cultiva el espíritu y triunfa

el arte en la tibieza cordial de estas veladas. Los poetas pueden decir su emoción en la tersura del verso, sin la esnobista desviación de la frase que oculte el sentimiento real, el doloroso desengaño, entre escépticas tortuosidades. Los artistas disfrutaban de sus claras preeminencias, sin la torturante búsqueda de la agudeza sangrienta, o el escepticismo helado y elegante.

El paso de la vida, en su ley de constante evolución, lavó lo de falso, de postizo, de petulante que pudo tener el romanticismo. Pero su germen de espiritualidad, de refinamiento, quedó como la mejor ofrenda, en espera de la mujer nueva...

En el siglo XX que —según la apocalíptica expresión de “las señales de los tiempos”— debió haber comenzado en 1914, la emoción exacerbada, las veladas literarias y la palabra corazón, están en pleno desprestigio. Las enamoradas adolescentes no se conmueven ya ante la tragedia caucana y la actitud decadente de su María, suscita apenas, en los labios enrojados por Max Fátor, el mohín despectivo para lo *demodé*. Los poetas han silenciado, con la eterna queja, sus motivos de luna, de amor y de nostalgia. Y sus voces, que entre los laberintos cerebralistas o en la palabra en piraeta, dicen de las duras realidades, de los problemas desnudos de la humanidad, no llegan al bullicioso mundo femenino, del que han desaparecido los libros en asustado vuelo migratorio. Ellas han llevado hasta el cinema el recóndito anhelo de vida y de emociones que alienta toda juventud. Y en la misericordiosa asentirá del celuloide, viven, un momento Siquiera, el sueño irrealizado, el ansia de amor que sólo se convierte en dolor de imposibles, la aventura imponderable.... La sangre joven se oxigena en el deporte y las inquietudes, animando la vida en una constante actividad dinámica, perpetúan el enigma interior en el total autodesconocimiento. La vida se complica, las rutas interiores se vuelven tortuosas; el imperativo categórico de modernidad ado-cena los espíritus y, alejándolos de la propia verdad, los convierte en elegantísimos modelos a “*la derniere cri*”.

Mas, también se han afirmado valores en esta contradictoria vida del siglo XX; que la tendencia religiosa, artística, afectiva, despojándose de su característica de imposición ambiental, singularizándose, gana en sinceridades. No se reza ya el rosario en la vespertina reunión familiar;

pero la convicción personal y libre lleva hasta los templos el impulso espontáneo de la oración. Las niñas han dejado de pintar en terciopelo y de tocar el piano en visita: Millet y Shubert pueden dormir en paz su sueño de gloria. No se lleva ya en las ojeras la sombra violeta del insomnio sentimental; pero el latido cordial responde plenamente a la emoción que llega.

El arma o el veneno precedidos por la lectura del “Nocturno a Rosario”—han cesado de resolver el dolor infinito de las decepciones de amor. Pero las decepciones de amor envenenan toda la vida en los incruentos dramas silenciosos. Y si los hombres no dicen ya en verso sus mentiras de amor, las mujeres padecen en la carne viva del corazón sus incomprensiones, sus olvidos, la cobardía de sus claudicaciones o de sus orgullos.

El imperativo de exigencias de esta hora, encuentra así a las mujeres ecuatorianas, si desorientadas en la dirección interior, firmes en cambio en la conservación de sus virtudes ancestrales. Pese a severas afirmaciones de moralistas malhumorados, la familia no está en crisis en nuestra Patria. Junto a la imprescindible lámpara de pie y al cenicero de plata, y al florero modernísimo— gentiles recuerdos de los buenos amigos— en el hogar recién formado arde el fuego votivo del culto a los dioses lares.

Y el Siglo XX encuentra también a la mujer con la buena nueva de los prejuicios caídos. De los derechos conquistados. Del sendero libre y amplio. Los colegios, las universidades, la actividad intelectual, el trabajo integral, se abren al reclamo de la mujer nueva. El sueño dorado de las feministas inglesas, se realiza para las mujeres del Ecuador en el espontáneo reconocimiento de todos sus derechos políticos. Y todo esto llega fácil, naturalmente, como en el desenvolvimiento de un ciclo biológico. Librando a la mujer, lo mismo de la denigrante actitud esclava, que de la antiestética actitud combativa. El feminismo ecuatoriano nunca padeció la horrible precisión del recurso extremo: el peinado masculino, las gafas y los zapatos de resorte.

Este camino hacia un porvenir mejor fué abierto por las románticas, mujeres de la generación de ayer y que hoy florecen su plenitud. Ellas llegaron naturalmente, elegantemente, al campo de la inteligencia en todas sus manifestaciones. Y fué la gracia serena de esta actitud, la que

borró prejuicios hondamente arraigados en nuestro medio. Suavemente, sin la fatiga de los discursos de elocuencia dudosa o repetida, demostraron que, la gloria del pensamiento, del saber y del trabajar, no destruía encantos en personalidades conformadas en los atributos de la plena feminidad.

Entre el grupo de *pionieri* de la cultura femenina, los nombres destacados no se reducen ya a la enumeración de las representativas. Florecen en todos los campos de la inteligencia y del arte. Decir excelencias, repetir prestigiosos nombres de mujeres de hoy, daría un cansado sabor antológico a este que sólo quiere ser férvido reconocimiento de valores. Los femeninos nombres preclaros que enaltecen la vida del pensamiento nacional, tienen un resonar conocido, rodeado de admirativa simpatía. Inútil repetirlos en un momento ungido con la gentil presencia de altísimos valores femeninos. Sólo quisiera decir, musitar casi, con la emoción que envuelve el nombre que se quedó vacío de la vida material, el de alguna mujer que ya durmió su gran reposo. El de Aurelia Romero de León, la poetisa transparente, del claro y emocionado decir, que realizó en lo eterno el ansia urgida de sus "Mensajes a la Hermana Tormento". El de Eugenia Mera, la que animara el arte lo mismo en el lienzo, que en la palabra y en la vida. El de Manuela Gómez de la Torre, la que, al llevar a la muerte el silencio de su violín, dejara en este Quito suyo, una gran nostalgia de armonías.

Y quisiera terminar diciendo también, más con la vibración del latido que con la de la voz, un nombre, que perteneciéndose al futuro, está también diluido en el "tiempo sin tiempo". Es el nombre fraterno de Alicia Calisto Enríquez. Para decir de la partida de esta niña que, en su gran viaje truncara la promesa gloriosa que ella encarnaba para las generaciones nuevas, sólo podría repetir la íntima desgarradura del viejo lamento indio "Obscureció en medio del día".